

# REVISTA SEMANAL

## DE TEATROS Y AMENA LITERATURA.

### LA VICTIMA.

(Conclusion.)

«En estas reflexiones me sorprendieron las once de la noche.—Aquí tiene V. su luz,—me dijo Lukin, entrando y presentándose una vela.—¿A qué hora quiere V. que le despierte? En esta casa reina la mayor tranquilidad, y los viajeros que en ella se apean, duermen por lo regular largo y tendido. Una leve sonrisa que creí notar en su semblante al pronunciar estas últimas palabras, aumentó mi terror.—A las seis,—le dije.

—«¡Ah! se me olvidaba—añadió,—dispense V. El hijo del amo de la casa, que está arriba en su cuarto un poco enfermo, me ha encargado...»

—«¿Con que la persona que ha hablado conmigo hace un rato, era el hijo del amo de la casa?»

—«Cabal... Maese Gregorio, pues, me ha

encargado diga á V. que sentia vivamente haberle hablado en los términos en que lo ha hecho; pero ha de saber V. que ha tenido hoy una francachela con dos ó tres amigos, ha bebido un poco mas de lo regular, y V. me entiende...

—«Bien, bien,—respondí. Y, cogiendo la vela, salí del cuarto, pasé al lado de Betty, y de buena gana la habria dicho algunas palabras para escusarme; pero, á pesar de la satisfaccion que acababa de recibir, no quise escitar de nuevo la cólera de Gregorio, y me contenté con hacer un ligero saludo, al pasar por delante de la jóven.

—«Felices noches, caballero,—me dijo ella con una voz, una mirada y una espresion de semblante que jamás olvidaré.

—«Por aquí, caballero, si V. gusta,—grita en esto otra voz. Era la de Gregorio, el cual, adelantándose hácia mí, me condujo al cuartito que me tenían preparado.

### TEATROS.

UN HOMBRE DE ESTADO.—LA GITANILLA DE MADRID.—EL SITIO DE ZARAGOZA.

Las representaciones á que hemos asistido del drama que, con el título de *Un hombre de Estado*, idió estos dias el teatro Español, nos han confirmado en la opinion que, antes de verlo, teniamos formada de él. No somos de los que creen en otros milagros que los que manda crear la Santa Madre Iglesia; y milagro, y no de estos, era lo que durante dos meses se ha tratado de hacernos creer. El drama del Sr. Ayala por mas que revele en este aventajado jóven grandes dotes literarias; por mas que acaso sea todo lo que (milagros aparte) es dado hacer á un escritor de veintidos años; por mas, en fin, que sea un excelente ensayo, está absoluta é imparcialmente considerado, muy lejos, no solo de ser una cosa perfecta como por personas que juzgábamnos competentes en la materia se nos habia asegurado, sino hasta de ser en conjunto y como obra dramática, una cosa regular.

Hablando así, nos constituimos en fieles intérpretes de los sentimientos del público (no precisamente del de la primera representacion), sino del público imparcial y desapasionado, juez, en casos de esta especie, competente, irrecusable, y ya que no de todo punto infalible, de todo punto inapelable. Y con tanta menos repugnancia consignamos en estas líneas nuestra opinion y la general

acerca del drama que nos ocupa, cuanto que estamos convencidos de que, para el Sr. Ayala y hasta para la literatura, por cuya no siempre florida senda empieza él á caminar, será un bien el fallo que, contra todo lo dicho en favor de *Un hombre de Estado*, acaba de dar el público. Por él verá el Sr. Ayala que no basta, para hacer buenos dramas, tener mucho talento; si bien él y todos sabemos que sin talento no se hacen buenos dramas. Al talento, don del Cielo, es menester, para brillar en la carrera dramática, agregar la mayor suma posible de datos sobre las cosas de la tierra; son menester juicio, esperiencia del mundo, conocimiento del corazon humano, cosas todas que solo se adquieren con el tiempo y que apenas se sospechan ó se adivinan á la risueña y feliz edad que tiene el autor de *Un hombre de Estado*. Pero este jóven crecerá en años, y su talento, guiado por la esperiencia, robustecido por el estudio, castigado por la critica y purificado por la meditacion, dará á no dudarlo y muy pronto, flores hermosas y sabrosos frutos.

Así es lícito esperarle, y así lo deseamos cordialmente de un escritor que en su primera composicion, supo hacer en gran parte desaparecer los defectos del fondo, bajo la belleza de la forma, y que, á falta de artificio dramático, dió al parto de su ardiente imaginacion el brillo de la poesia y el realce del pensamiento. De prueba de lo que acabamos de decir, sirva el siguiente monólogo que, puesto por el Sr. Ayala en boca de D. Rodrigo Calderon, reasume en unas cuantas redondillas el carácter del protagonista, revelando el argumento,

—«Esto es hecho—me dije, dejándome caer en una silla, tanto mas contristado, cuanto que ningun utensilio, ni aun el atizador de la chimenea pude encontrar para defenderme. De repente se me representan á la memoria las palabras, *por la ventana*, que habia oido pronunciar. Acérrame á ella, trato de cerrarla sólidamente, y veo por colmo de desgracia que algunos pliegos de papel sustituan á una porcion de vidrios que faltaban. Enfrente de esta ventana habia una puerta que conducia Dios sabe dónde; por abrirla forcejeo, mas son mis esfuerzos vanos.

Entonces me quito el frac, póngolo encima de una silla, me arrodillo y voy á alzar la manta para mirar debajo de la cama, cuando de repente oigo como un suspiro semejante al de una persona que trata de libertarse de un peso que la oprime. El suspiro evidentemente habia salido de debajo de la cama, miro, y... ¡gran Dios! advierto que se menean las sábanas.—No hay remedio para mí, dije petrificado, viendo el momento en que iba el suelo á abrirse y á tragarse la cama, ni mas ni menos que en las historias de ladrones. Oyese en esto otro gemido; menéanse de nuevo las sábanas y las mantas; un temblor frio se apodera de mí; túrbanseme la vista y la razon, y ya me disponia á gritar ¡ladrones! ¡asesinos! cuando de debajo de la cama sale un...

—«Un hombre,—grita el auditorio...

—«No, señores, un perro,—responde el

narrador;— un perrazo de Terranova»

Todos se echaron á reir; cada cual hizo llenar otra vez su copa, y restablecido el silencio, acabó nuestro compañero de viage su historia en estos terminos:

—«Abro la puerta y márchase el amigo; este perro, el mismo que me llamaba uno de los tres hombres que á mi llegada á la posada encontré instalados en la sala general, tenia, segun supe despues, un afecto particular al cuarto y á la cama que debia ocupar yo.

—«El desenlace cómico de esta aventura dissipó casi completamente mis temores; así es que, no sin mirar y remirar antes por todos los rincones del cuarto, me acosté entregándome ciegamente en brazos de la Providencia.

—«Aún no hacia dos horas que me habia quedado dormido, cuando me desperté sobresaltado á un ruido que venia de la puerta situada junto á la ventana. Las nubes que recorrian rápidamente la bóveda del cielo, dejaban ver de tiempo en tiempo el disco argentado de la luna, cuyo pálido resplandor, iluminando entonces una parte de mi cuarto, me permitia distinguir una multitud de personajes pintados en el papel que cubria las paredes. No continuando el ruido, y persuadido de que era aprension el que oí, cierro los ojos y hago por volver á conciliar el sueño, cuando á ahuyentarlo completamente, redoblando mis temores, vino otro ruido que, lo que es aquella vez, salió de la ventana. ¿Qué angustia,

los resortes y los incidentes del drama.

Hay un instante en la vida  
En que el hombre que batalla  
Ya frente á frente se halla  
De la empresa acometida;  
De cien años se le ofrece  
Todo su trabajo junto;  
De no aprovecharla al punto  
Perdido se desvanece.  
Para el alma combatida  
De esta ambicion dominante,  
Corren ¡ay! en ese instante  
Los instantes de la vida.  
Destreza, seguridad,  
Si quiere lograr su empeño—  
Un paso mas—todo es sueño,  
O brillante realidad.  
Ese instante que atesora  
Tantos arcanos en sí,  
Corriendo está para mí,  
Reflexionemos ahora.  
Hoy el duque es soberano,  
Y yo lo pretendo ser;  
El pierde de su poder  
Y yo lo que él pierde gano.  
El descende—es la verdad—  
Llega al fin—es manifiesto—  
Que yo suceda en su puesto...  
Esa es la dificultad.  
Don Baltasar intrigante  
Pretende llegar al centro—  
Pretenda; mas yo me encuentro

Un paso mas adelante.

El bate al duque; yo en tanto

Me escondo siempre en aecho:

Vence... salgo y me aprovecho

Del paso que le adelanto.

Piensa que el duque es mi amigo

Y así perderme imagina:

Y así, vive Dios, camina

Perfectamente conmigo.

Por doña Inés que me quiere,

Aunque como amante solo,

Sabré la astucia y el dolo

De todo el que pretendiere.

¡Oh, cuanto me martiriza

Tanto fingir y adular.

¡Oh! Yo quisiera volar

Sin tanta pluma postiza.

¡Bah! todo, el hombre que medra

Lo aprovecha en su servicio,

Que de este grande edificio

Cada tanto es una piedra.

Tambien me muestra cariño,

Y tambien le muestro aprecio

Al príncipe, que es un necio...

Al príncipe que es un niño.

Me ayudan para vencer

Mi oficio de secretario,

La ineptitud del contrario,

Un niño y una muger.

Mas mi opinion es bastante,

Y hará la destreza mia

De esa muger una espia

Y de ese niño un gigante.

señores, fue la mía, cuando delante de aquella ventana, á la luz de la luna que sobre ella daba de lleno, ví un hombre, uno de los tres de que he hablado, que hacia á sus compañeros señas de que subiesen? En este momento se abre la ventana, y aparecen otros dos cargados con un bulto que yo tomé por el cadáver de un hombre. Entonces sí que me abandonaron las fuerzas, y que cubierto de un sudor frío que me debilitaba, sentí que apenas me quedaba aliento para respirar.

—«Entráronse los tres hombres en mi cuarto, y se dirigieron hácia la puerta que yo había tratado de abrir y que, según supuse, debía conducir á algun subterráneo donde iban los recién llegados á depositar los cadáveres de sus víctimas; y donde acaso, antes de mucho, irían á llevar el mio.

—«Despacito, por aquí,—dijo en voz baja el que iba delante, que llevaba en la mano una linterna. Ahora podemos estar seguros de que está durmiendo.

—«Este es el momento, ánimo;—me dije preparándome á saltar de la cama y á correr hácia la puerta para encerrarlos. Pero no había puesto aún el primer pié en el suelo, cuando volví á ver la luz; y, pocos segundos despues, a los tres hombres que volvían de depositar en el subterráneo el bulto con que habían pasado.

—«¡Eterno Dios, tened piedad de mí!—dije en voz baja y juntando las manos. Entonces los ví dirigirse hácia mi cama, cerré involuntariamente los ojos y no volví á oír una pala-

bra.—El temor habia producido en mí tal efecto, que me desmayé. Ignoré cuanto tiempo permanecí en este estado, pero lo que sé es, que cuando, volviendo en mí, abrí de nuevo los ojos, habia cambiado completamente la escena. El cielo estaba despejado y el sol vibraba sobre la tierra sus mas resplandecientes rayos.

«Vístome en un Jesus y b'jo á la sala general, donde me sirvió Lukin el almuerzo.

—Mi amo—me dice el mozo con su acostumbrada sonrisa, en tanto que yo almorzaba; Maese Gregorio me encarga diga á V. si querrá tener la bondad de oírle algunos instantes.

—«Con mucho gusto,—le respondí, y algunos minutos despues, ví en efecto, acercarse á mí al hijo del posadero.

—«Dispénsese V. si le incomodo,—me dijo: haciéndome una descompasada cortesía. Y cerciorado que se hubo de que estábamos solos en el cuarto,—espero,—añadió,—que no ha pasado V. mala noche.

—No; no ha sido muy mala,—le respondí, dándome por muy contento de haber salido de ella vivo y sano: algo, sin embargo, me parece, que ha sucedido.

—«Es verdad,—interrumpió Gregorio;—pero ha de saber V. que nuestro mayor gusto es dar perfectamente de comer, y sobre todo de beber, á los viageros que vienen á parar á nuestra posada; y apuesto que ya lo ha conocido vuestra merced en el grog que bebió anoche.

—«En efecto,—respondí,—era escelente.

Esa voz que tan segura  
En el alma se levanta  
Diciendo siempre «adelanta;  
Tu puesto se halla en la altura.»  
El grito que dice interno  
Al hombre grande «¡Marchad!»  
Si no dijera verdad  
Fuera un grito del infierno,  
En mi ardiente corazon  
Lo escucho desde que existo  
Y comprendo por lo visto  
Que va teniendo razon.

En trozos tan buenos como estos por los conceptos, y mejores aún por la versificación abunda el drama de que nos ocupamos, y del cual, á pesar de lo largo que se va haciendo este artículo, no podemos resistir á la tentación de citar tambien los siguientes versos. Dirígelos á un anciano cansado del mundo, como lo era el duque de Lerma, un hombre joven aún, y devorado, como lo estaba D. Rodrigo, por la fiebre de la ambición.

¡Oh! Renunciar á la esperanza mía!  
Perdonadme; jamas. Y ¿quién ahora  
Tal sacrificio comprender podría?  
Una fortuna conocida y cierta  
Se renuncia mas bien y un alto nombre.  
Todo el mundo lo aplaude; y se despierta  
La vanidad del corazon del hombre.

Mas este sacrificio silencioso  
Que nadie lo comprende es muy distinto,  
Nunca el amo del mundo, Carlos Quiato,  
Hubiera reducido su persona

De una celda al mezquito alojamiento,  
Si no hubiera tenido una corona  
Que arrojar á las puertas del convento.

En suma, el drama del Sr. Ayala tiene grandes defectos y grandes bellezas; á estas nos atemos; aquellos, el tiempo los corregirá.

En el teatro del Instituto se ha representado la comedia nueva titulada *La Gitanilla de Madrid*. Su autor, D. Gabriel Estrella, fue llamado á la escena, donde salió á recibir cordiales y legítimos aplausos. El argumento de la comedia versa sobre una de las novelas ejemplares de Cervantes, que ya ha servido de tema á otras dos composiciones del teatro antiguo, á una opereta antigua española, y á algunas imitaciones en el extranjero. El señor Estrella ha conservado en el carácter de los personajes y en el estilo en que está escrita la composición, el colorido histórico del asunto. Sencillez en la fábula, claridad en los conceptos y un buen gusto que revela una escogida educación literaria, son las dotes que caracterizan su obra.

El teatro del Drama continúa dando *el Sitio de Zaragoza* con su correspondiente prólogo del 2 de Mayo. Este drama es frenéticamente, y lo sentimos; no porque literariamente considerado, deje de ser una obra de cierto valor, sino porque notamos que, por mostrarse español, acaba el pueblo que oye aquello por mostrarse bárbaro y estúpido. No creemos que en el teatro deba representarse nada que tienda á perpetuar los odios y los rencores de nación á nación. Bajo este punto de vista, no nos es posible dar nuestra aprobación al drama del señor Lombardia.

Es que ha de saber vuestra merced—prosiguió Gregorio—que para tenerlo tan bueno es menester hacer por aquí y por allí un poco de contrabando; de este modo no se defrauda á nadie mas que al rey. Hícele entonces advertir su falta discernimiento en no haberme prevenido de su intencion; pues bien cierto es que, á haber tenido yo en aquel momento armas de fuego, no habria dejado de tirar á sus amigos, y de herir ó matar á alguno de ellos.

—«Tiene su merced razon, — me respondió; pero es el caso que Blakson y sus dos compañeros habian echado ayer á tierra unos barriles de aguardiente de primera; ya estábamos ajustados acerca del precio, y en tales casos es indispensable, para la seguridad del comprador, que la mercancía salga cuanto antes de su poder. Si tarda un momento mas en tomarlo, se lo venden al primero que se presenta, y perdida la coyuntura Dios sabe cuándo habria podido yo hacerme con una sola botella de otro aguardiente tan rico. Un zaguanillo, cuya puerta da al cuarto donde ha dormido esta noche vuestra merced, es el único sitio en que puedo guardar esta especie de objetos. Ni aun Lukin sabe una palabra de nuestro comercio; pues, como dice el refran; es peligroso que hagan el caldo muchos cocineros. Espero, pues, que vuestra merced olvidará lo que ha visto ú oído, y dispensará las incomodidades que le ha motivado este incidente; y, diciendo esto y saludándome profundamente, desapareció.

«Mucho habria podido todavía decirse sobre este particular, pero yo estaba tan contento de verme sano y salvo despues de lo ocurrido, que gustoso perdonara en aquel momento al mayor criminal del mundo: por otra parte, la franqueza de maese Gregorio me habia dispuesto en su favor. La única cosa que me atormentaba, era no saber qué se habia hecho Betty, á quien, por prudencia, no me atreví á mentar.

—«El cabriolé de vuestra merced está enganchado,—gritó en esto Lukin, entrando en la sala y haciendo un millon de cortesias.—Todo está en orden; las ruedas que metian miedo de sucias, estan mas relucientes que un espejo; las guarniciones han quedado que da gusto verlas.

«Comprendiendo perfectamente lo que todo esto significaba, dí un schelling al factotum, que saltó de contento al verlo.

—«Ahí tiene su merced un frasco de esquisito aguardiente, que los hombres de anoche me encargan le dé juntamente con un millon de espresiones de su parte, —me dice Gregorio al oído, en el momento en que me colaba yo en el cabriolé.—Vuestra merced puede colocarlo ahí á los pies, y si alguna vez necesita un par de barriles del susodicho,

no olvide su merced nuestras señas.

»Dile las gracias, añadiéndole que este regalo era enteramente inútil, y que podia contar con mi discrecion. Con esto partí.

»Mi cuento, señores, acaba aquí. Algunos años, bien felices por cierto, han transcurrido desde entonces.

»A poco murió el viejo posadero dividiendo su fortuna entre Gregorio y Betty, sobrina suya. El primero, que era hombre de buen sentido, abandonó aquella posada y aquella vida para echarse á hombre de bien. En cuanto á Betty.....

—¿Qué fué de ella?—esclamaron todos.

—Se casó,—les respondí.

—¿Con quién, con quién?—preguntó de nuevo el auditorio.

El narrador miró en derredor de sí, tomó su pipa, y con un aire modesto:—«Conmigo, señores,»—dijo.

—«Bravo, bravo; á la salud de Betty, gritaron todos los presentes, haciendo resonar la sala de la posada con estrepitosos vivas y aclamaciones.

#### ACERTIJO.

*Aroma*

Sobre fenicios bajeles

Dicen que vine de Arábia

A frecuentar las iglesias

Y el tocador de madama.

En descomponer mi nombre

Ella se divierte, y halla

Que cinco letras la ofrecen

Combinaciones muy varias.

1 Su huésped el caminante,

2 Su dueño encuentra la esclava,

3 Su imperio Rómulo y Pio,

4 Su trono Cristo y Diana.

5 Un fruto de útiles hojas

6 Y un fruto de útiles cañas,

7 Un hierro que ofende y corta

8 Y otro que junta y ampara.

9 Lo que hago con chico y chica;

10 Lo que hago con jaco y jaca;

11 Con la llave del trabuco,

12 Con el orin de la espada.

13 Qué debe al prójimo el bueno,

14 Qué del maligno se saca.

15 Qué hace el cura de Getafe,

16 Y qué el vecino de Ocaña.

17 Vé el amador por qué pierde,

18 Y el labrador por qué gana;

19 El niño la que le viste,

20 Y el viejo la que le basta.

21 Tengo una Venus de Congo,

22 y 23 Y un par de Apolos de España;

24 Tengo un Califa de Oriente,

25 Y tengo una musulmana.

26 y 27 Y hembra y macho que retoñan,

28 y 29 Y hembra y macho que regañan;

30 Y un gran lago macho y hembra,

31 Y el que en macho y hembra manda.